

Un beso por la paz

Suplemento del Cuaderno n. 214 de CJ - (n. 248) - Junio 2019

Roger de Llúria, 13 - 08010 Barcelona - 93 317 23 38 - info@fespinal.com
www.cristianismejusticia.net

Los días 10 y 11 de abril, tuvo lugar un retiro espiritual en Casa de Santa Marta (Ciudad del Vaticano) con los líderes sursudaneses, Salva Kiir y Riek Machar, principales jefes visibles del conflicto en Sudán del Sur. Este retiro fue una iniciativa del arzobispo de Canterbury, Monseñor Justin Welby, y contó con la participación del exmoderador de la Iglesia presbiteriana de Escocia, el reverendo John Chalmers. El retiro concluyó con la presencia del papa Francisco quien llamó a la paz, pero de una manera tan especial que ha dado la vuelta al mundo: se arrodilló y besó los pies de los líderes responsables del conflicto, uno a uno sin excepción. Pero nada más: ni teatralización, ni gesticulación, ni escenificación. Todo en el Papa desprendía sencillez, humildad, compromiso.

Un gesto profético

Hay gestos que hablan por sí solos, y en la Biblia hallamos múltiples escenas sim-

bólicas que tratan de llamar la atención del pueblo. El profetismo del pueblo de Israel, en el que podemos situar a Jesús de Nazaret, es un claro ejemplo de ello. En esta tradición debemos situar también ese gesto del papa Francisco, que ha de leerse desde el acontecimiento pascual que nos desvela el inagotable Misterio de Jesús encarnado en el sufrimiento humano, en este caso, el padecimiento del pueblo de Sudán del Sur como consecuencia de la guerra que comenzó en 2013.

Según el último informe de marzo de 2019 de la Oficina de Coordinación de Asuntos Humanitarios de la ONU (OCAH), actualmente hay 7,1 millones de personas que necesitan ayuda humanitaria, de las cuales 6,45 millones (el 57% de la población total) están en situación de inseguridad alimentaria grave. Aún más, debido a dicho conflicto, gran parte de la población está en riesgo serio de malnutrición. Este gesto de Francisco es un signo profético que sirve para denunciar esta si-

tuación de violencia y las injusticias que comporta, implorando en nombre de Dios que cese la guerra. Es un gesto profundamente gandhiano: el propio Gandhi solicitó a los líderes europeos de la II Guerra Mundial que cesaran la tragedia bélica. Mahatma también preparaba sus acciones con retiros y ayunos, invitando a la meditación profunda antes de emprender una acción no violenta —aquí el sentido del retiro de oración. Al mismo tiempo, se trata de un gesto profundamente espiritual, pues solo es verdadero aquel profeta que habla desde la experiencia mística de la vida (que significa ‘el misterio’); un misterio que abre al Absoluto (Dios) y a los demás (el «proísmo», tan imprescindible en la tradición y en la doctrina cristianas). Para el cristiano, dicha experiencia va unida a la oración, que es a la vez encuentro personal con Jesús, quien también oraba con asiduidad, pero en especial en los momentos clave de su vida, en las acciones fundamentales de su trayectoria, y cuyo Espíritu sigue orando en nosotros.

Un gesto portador de esperanza

Más allá de la dimensión macro y estructural del conflicto, el gesto del Papa porta asimismo luz y esperanza a las personas que sufren este drama humanitario. A los muchos niños y niñas, quienes, aparte de ser víctimas directas de la guerra, se han visto forzados a ser soldados y han quedado traumatizados, como atestiguan con sus desgarradores relatos los que han sido liberados. A las mujeres, que no quedan al margen de la violencia, sino que a menudo son el centro de esta, y siguen demostrando su resiliencia y su capacidad de responder de forma constructiva para sacar adelante a la familia en estos trágicos

momentos. Así se encuentra Hanna Nyarure, víctima del conflicto, madre de familia y abandonada por su marido, que recorre un trayecto de cuatro horas para conseguir alimento para sus hijos a pesar del riesgo de ser asaltada por el camino. El mero hecho de que la mujer desempeñe este papel estabilizador de la familia es una esperanza que surge de las mismas comunidades afectadas, y pese a ello sigue pasando desapercibido. Por ellas y el pueblo que sufre, Francisco dirigió las siguientes palabras a los dirigentes sursudaneses: «La mirada de Dios se dirige especialmente a vosotros, es una mirada que ofrece paz. Pero hay otra mirada dirigida a vosotros: la de vuestro pueblo, y expresa su ardiente deseo de justicia, reconciliación y paz».¹ Todo un signo de que las víctimas no están solas.

Un signo cristiano de no violencia

Con el retiro, el beso a los pies y el discurso precedente, el papa Francisco buscó conmover a estos responsables por el sufrimiento humano derivado del conflicto, con el fin de conseguir lo que Gene Sharp denomina el primer mecanismo de cambio en la lucha no violenta y, a la vez, el más difícil: la conversión. El citado beso a los pies es diferente a los que ha dado antes a muchos necesitados. Mientras que para estos el beso puede ser interpretado como un signo de que no están solos y Dios está con ellos, en el caso de los líderes sursudaneses es una clara llamada a que se transformen en servidores de la paz para un pueblo que clama por el fin de la guerra.

Sin embargo, el beso forma parte de una acción más amplia: Riek Machar, el líder de la oposición, reconoció que la mediación del Papa para facilitar que par-

ticipara en este retiro junto con Kiir ha dado un impulso a la consecución de la paz en Sudán del Sur. Este tal vez puede ser el inicio hacia otro tipo de política.

De hecho, el Papa ha reiterado en varias ocasiones la gran verdad de que la política es un vehículo fundamental para garantizar la dignidad de las personas. Buscar el bien común debería ser el compromiso de todos los políticos de cualquier ideología, procedencia cultural y religiosa que deseen trabajar juntos por el bien de toda la familia humana. Una buena política practica la justicia, la equidad, el respeto mutuo, la verdad y la fidelidad; una política así está al servicio de la paz, respeta y promueve la dignidad y los derechos humanos de todos, que son igualmente deberes. Al fin y al cabo, todos somos corresponsables de todos.

Un signo de transformación

El gesto del Papa ha sido una potente escenificación para el cuestionamiento humano y su transformación. Incluso conmovió a la vicepresidenta de Sudán del Sur, Rebecca Nyandeng Garang, quien reconoció que «Nunca había visto algo así. Me saltaban las lágrimas». De hecho, de lo que se trata es de conducir hacia una experiencia transformadora, lo cual implica que sea inevitablemente sorprendente y claramente sorpresiva. En consecuencia, el papa Francisco sorprende con la fuerza de la humildad, que da visibilidad al amor extremo. El pontífice lleva a cabo un acto extremo que muestra un compromiso rotundo e invita a un servicio diáfano: el de trabajar por la paz, aún frente a las dificultades e incomprendiones que ello acarrea.

El encuentro de oración que comentamos no ha sido un acto meramente

protocolario, ni tampoco un acto aislado: en el trabajo por la paz, el papa no está solo, pues el Consejo de las Iglesias de Sudán del Sur, que representa a las iglesias cristianas locales, ha ido a Roma para dialogar junto con la Comunidad de Sant'Egidio, la cual, a su vez, ha manifestado su voluntad de ayudar en el proceso de paz del país. Su deseo es que dicha comunidad católica facilite el camino hacia la reconciliación con varias iniciativas que se pondrán en marcha próximamente. Ambos son también actores importantes en la facilitación de este proceso de paz. La tarea de fraternidad para la paz es un trabajo de equipo, de confluencias, de coordinación.

Un gesto de amor y fraternidad

Como seguidores de Jesús, el gesto del papa Francisco debería interpelarnos profundamente, pues remite a la gran verdad cristiana de que el Dios en quien creemos está de rodillas, se pone a nuestros pies y, puesto que nos sirve, nos quiere también sirviéndonos los unos a los otros, por amor. Hace unas semanas, el Jueves Santo, recordamos el gesto de Jesús lavando los pies a sus discípulos, en la última cena con ellos antes de su pasión y muerte (Jn 13,1-17). Con su gesto, les muestra y demuestra su amor extremo y su entrega. Jesús, asumiendo el trabajo de un esclavo, subvierte con ello los valores de este mundo y nos sitúa de igual a igual. Ante este hecho inaudito, los discípulos se sienten incómodos; Pedro no quiere que Jesús le lave los pies; el Señor insiste: hay que dejarse servir para continuar con él y así aprender qué es el servicio. Y nosotros estamos invitados a hacer lo mismo que nuestro Maestro, que está entre nosotros como el que sirve (Lc 22,27),

porque tener parte con Jesús significa formar parte del amor que se entrega. Pero estar humildemente como Jesús supone iniciar un proceso de conversión que nos cambie el corazón y la mirada, y nos lleve a cada uno de nosotros a ser agentes activos de la paz y la justicia social.

Se necesitan personas comprometidas para mejorar nuestro mundo, fraternizándolo. Solo así es como podrá ser más humano. Y para los cristianos la fraternidad es fruto de la Pascua (Rom 6,3; Col 3,11). Incorporados a Cristo por el bautismo, de lo que se trata es de dejarle hacer en nosotros y a través de nosotros, de dejarnos transformar por su Espíritu. Necesita nuestra colaboración para proseguir su misión, como recuerda el Mensaje del papa para la Jornada Mundial de la Paz del presente año 2019. Existimos para prolongar su Encarnación, siendo otros cristos hoy.

Artesanos de la paz

El Papa insiste en que no puede haber un verdadero compromiso para el bien común ni la justicia social sin fraternidad. Si falta la fraternidad, solo existen grupos de individuos motivados por sus propios intereses, no por el bien de todos. Solo esta puede garantizar una paz verdadera. En dicho mensaje, que es una invitación para que cada uno aporte su piedra en la construcción de la Casa Común, el papa

Francisco nos recuerda muy en concreto que debemos ser portadores de paz y reconciliación. Estamos invitados a dar y a llevar la paz a tres niveles: con nosotros mismos, con el otro y con la creación; una paz que no podemos transmitir si antes nuestro interior no está pacificado, de ahí que la construcción de la paz se nos muestre como don que acoger, que se transforma en nuestra tarea diaria. Debemos ser artesanos de la paz, ayudando a crear puentes de diálogo, siendo siempre conscientes de la fragilidad humana. Construir la paz es el fruto de dar testimonio, de vivirla personalmente. El Papa está liderando un pontificado claramente pacifista, por eso pide a los fieles orar por él, que es orar por su acción de gobierno, que es, también, ayudarle en su ministerio (que significa 'servicio'). Orar por el Papa, que es todo lo que pide constantemente, es estar en comunión con ese compromiso de conversión, ese trabajo de paz y ese testimonio de amor. Nuestro pontífice busca expandir lo que recibe y volverlo a difundir desde su gran proyección pública, que pone también al servicio de la paz, entre todos los cristianos y entre todas las personas de buena voluntad del mundo entero.

Álvaro Mellado Domínguez, M. Dolors Oller Sala y Xavier Garí de Barbarà
[Grup de Noviolència Cristiana](#)
(Cristianisme i Justícia)

1. Discurso del papa Francisco a los líderes de Sudán del Sur Roma, 11 de abril del 2019.